



DeucALiÓN.

10



Deucalión.

10

DEPARTAMENTO PROVINCIAL DE SEMINARIOS

CIUDAD REAL

JUNIO DE 1953

Dirige
Angel Crespo

28

La Poesía debe tener por fin la verdad práctica

A mis amigos exigentes.

Si os digo que el sol en el bosque
Es como un vientre que se entrega en un lecho
Me creéis y aprobáis todos mis deseos

Si os digo que el cristal de un día de lluvia
Suena siempre en la pereza del amor
Me creéis y alargáis la hora del amor

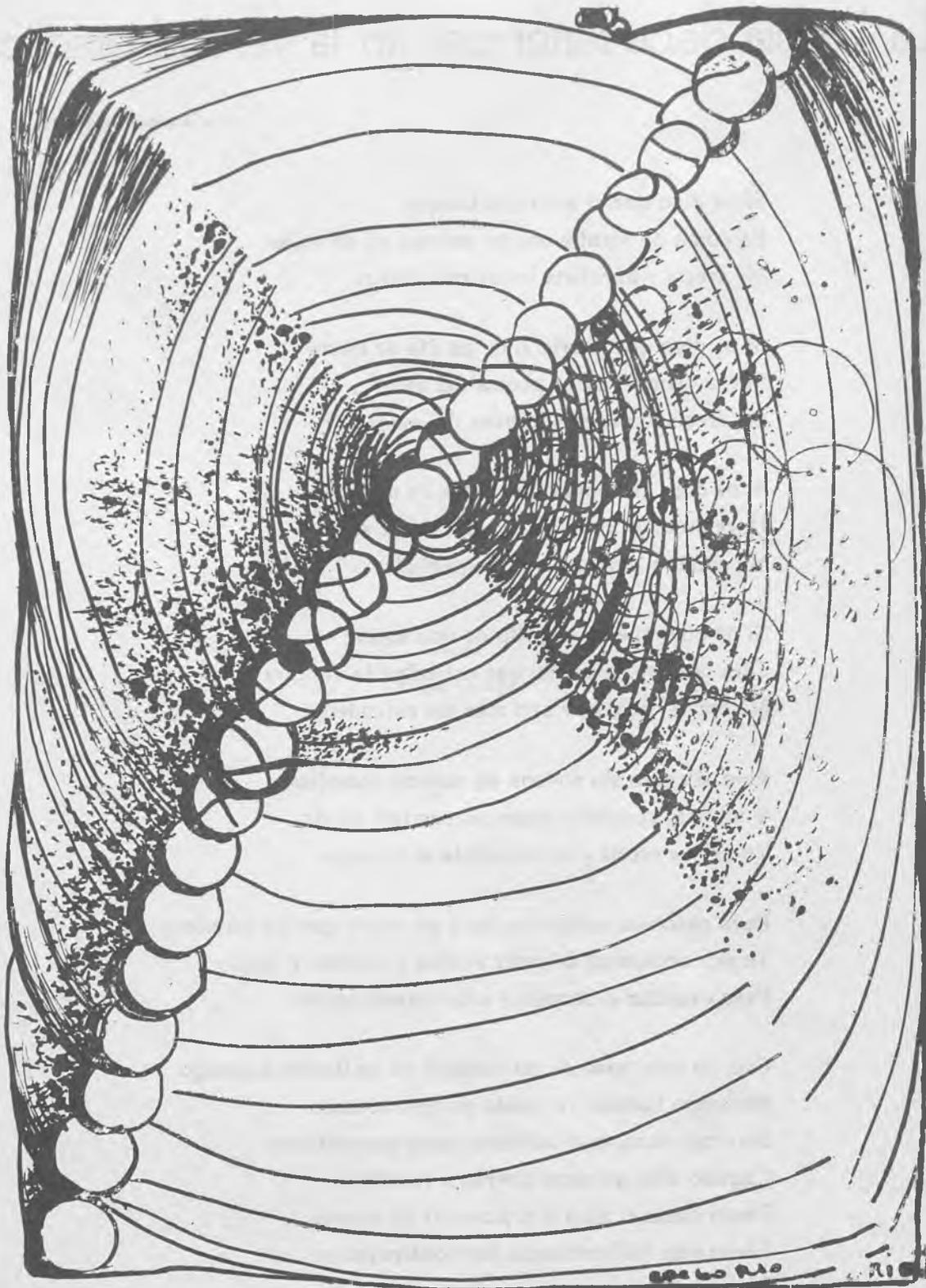
Si os digo que sobre las ramas de mi lecho
Hace su nido un ave que nunca dice sí
Me creéis y compartís mi inquietud

Si os digo que en el golfo de una fuente
Gira la llave de un río que entreabre la verdura
Me creéis todavía y aún más me entendéis

Pero si canto sin rodeos mi camino completo
Y mi país completo como un camino sin fin
Ya no me creéis y os marcháis al desierto

Pues vosotros andáis sin fin y sin saber que los hombres
Tienen necesidad de estar unidos y esperar y luchar
Para explicar el mundo y para transformarlo

Con un solo paso de mi corazón yo os llevaré conmigo
No tengo fuerzas he vivido yo vivo todavía
Mas me asombra el hablaros para maravillaros
Cuando sólo quisiera liberaros fundiros
Tanto como el alga y el junco de la aurora
Como con los hermanos que construyen su luz



Dibujo de Gregorio Prieto.

L A N O C H E

Belleza: Paz no humana: Negro espejo
del cielo donde un niño va exponiendo
como en un encerado sus lecciones,
los cálculos y mapas que los astros
apuntan desde lejos rutilando,
los bellos teoremas dibujados
por tizas que de pronto se hacen plata
mordiente que en las láminas del frío
retrata los relámpagos parados,
y el esquema vibrátil de lo exacto,
y el dorso estremecido de la anchura
que flota en un silencio de balanzas.

Fulgores detenidos, diminutos
poliedros cristalizan en los golfos
de sombra de un piano que navega
como un monstruo abisal fosforeciendo,
o escarchan apretada luz crugiente
en los largos cabellos de una amante
que ondula, ya sin forma, dulcemente.
Son las constelaciones, mito y cifra,
temblores compensados que organizan
—¡Oh nocturno diamante!— su sistema,
su paz no violada, la belleza
que irradia, remotísimo, el destino.

Ingenuas o divinas, obedientes
a Aquello que nos mira con un ojo,
y tan sólo con uno, sin escape,
me exponen lo que exponen friamente,
sin sentir mis sentidos, sólo míos,
pues lo justo por bello es más que humano
e ignora mis minúsculos dolores,

recoge en sólo un centro mis mil muertes,
compone con miriadas de destellos
personales, terribles de uno en uno,
lo augusto de una paz que nos ignora,
perdona desde lejos, brilla ausente.

Miro un total que el éxtasis absuelve.
Hay, punto a punto, estrellas que no cabe
arrasar con mi llanto de hombre a solas.
Ferozmente tranquilas, como muertos
que no pueden morir, me están mirando
mas pese a sus excesos sólo existen
como partes de un algo que es más vasto.
¡Oh evidencia que en vano está asaltando
mi yo a golpes de pecho acelerado!
Lo bello y necesario, ya resuelto
en calma por los astros concertados,
asume mi destino, me consuela.

Lanzado a lo imposible, tal la apuesta
que el cero a lo infinito le plantea
descarando mi nada, por absurda
totalmente absoluta, yo propuse
la acción. Mas nada pude. Y hoy contemplo,
simplemente contemplo, ya rendido
lo bello que me envuelve y pacifica:
Vuelo inmóvil, levísimo equilibrio
del espacio que late sustentando
mi extática quietud, casi cantada,
y aquello que sucede por sí mismo,
durando sin pasar, vertiginoso.

Blanquísimo y candente, decisivo
corazón de la estrella no tangible
que fulge indiferente y en la nada

ensaya su presencia indivisible,
¡qué exacta es tu locura!, ¡qué silente
tu instante equilibrado en el concierto
que se esplaya tranquilo, sin conciencia,
según mandan las leyes no divinas,
ni humanas, ni terribles, sólo exactas,
que casi, casi anuncio, mas no puedo
comprender pues que no tiene respuesta
para quello que exijo, cuando muero!

¡Oh negra melodía fascinada
que por dentro del cuerpo me levanta!
¡Oh sierpe pesarosa de dulzura,
ave arcaica y sin alas por las venas
y tubos del silencio dilatando
mi pulso melancólico y aislado!
¡Oh planta, y animal, y hombre dudoso!,
olvidando la rabia que os retuerce,
la furia celular y el vago encanto
que forma mi conciencia y os recuerda,
llamo a la muerte por su nombre oculto,
la llamo bello sigilosamente.

No quiero recordar cuánto he gritado
que yo soy sólo yo, no repetible,
precioso y recogido, recargado
de intenciones que allí, donde los astros
gozan de su apariencia, se esparraman
en actos prodigiosos, calculables
para el hombre que yo soy cuando pienso,
temblando transparente, procurando
ser de tanto no ser quien siempre ha sido.
Pues, ¿qué importa mi yo?. Floto tranquilo,
suspense en lo espectante de un silencio
y el fiel de este vaivén es la belleza.

Es el séptimo día. Se descansa.
Cuanto existe se muestra por sí mismo,
mordiéndolo inmediato, consecuente
y al mismo tiempo ambiguo si sonrío
en la anchura que mata perdonando,
completa felizmente curvas vagas
que expresan lo que no puede pensarse:
La paz con ironía, la dulzura
terrible y succionante de la nada,
el arcaico terror ante una amante
que apaga su mirada cuando besa,
la nada que así reina dentro y fuera.

Es el séptimo día: Todo queda
presente y vacilante, casi dicho,
remoto y transparente, equilibrado,
y el hombre lo contempla, levemente
dudando de sí mismo, no sabiendo
si sólo abandonarse es su destino,
si toda la belleza queda fuera
de el mundo que él habita, si sus actos
son errores en un total ya dado.
Y entonces, vivo y muerto, traspasado,
descubre las verdades sin conciencia
que flotan en la anchura como absueltas.

Gabriel CELAYA.



Dibujo de Madrilley.

ANECDOTA Y TRANSITO EN LA CIUDAD

Casi homenaje a Jacques
Prevert. A contrapunto.

1

La ciudad está derramada a la buena de Dios.

A la buena del viento y la sombra.

*A la buena ventura de las horas de cada uno,
de las inexplicables horas para uso particular.*

Es la noche como un fantasma

(como un fantasma propiamente dicho o por antonomasia)

que se agarra a nuestros pies lentísimos

y a veces sorprendidos de su mismo silencio.

Llega a nosotros la cola de la ciudad, donde

los árboles van agonizando quebrados entre luz de neón.

En el parque, sobre estos árboles de la disciplina,

valseándose, la luna deja caer algo en las ramas;

algo como imprevisto rocío, o tal vez

polvo de azúcar de dulce navideño, escapado

de la ventana de una estampa rubia.

(Es algo muy difícil de sorprender con nuestras torpísimas manos)

2

... Pero estamos aquí, bajo las luces,

hundiendo nuestros pasos en la niebla,

sin sorprender al eco en los macizos.

Bajo la sombra estamos.

Debajo, nuestra sombra se hiende, mientras canta

un grito en nuestra sangre.

La ciudad está en una

madeja. Caminamos. Ni un eco descolgándose.

Hay negros edificios que se afilan

y torres que flagelan las estrellas.

(El mundo, la ciudad, es una emergencia de dedos que mondan horas)

3

Un plátano de sombras

dibujan los faroles desde todas las esquinas

bajo nuestra presencia, y los ángeles

empiezan a soplar en nuestra boca.

Llueve. Llueve en la ciudad

como llovía aquella noche en Brest.

¿Recuerdas, Bárbara?

No hay bengalas que hieren nubes en su vientre

ni otros dolorosos recuerdos pueden atarnos

a una ciudad cuya niebla era la sangre

salpicada en las tapias blancas de los conventos.

(Blancas días antes, para la buena marcha del recuerdo).

Pero llueve ahora como en Brest.

Como en el Brest, Bárbara, de aquella noche.

Del negro suelo con huellas de neumáticos

emergen gritos y las ramas empiezan a dolerse de la luna acumulada

y Dios, de golpe, dobla

todos los monolitos.

La ciudad asciende. Y derribamos

nuestra misma presencia entre la soledad.

Llueve. Llueve sobre la ciudad.

Como en Brest.

Como en el Brest de aquella noche.

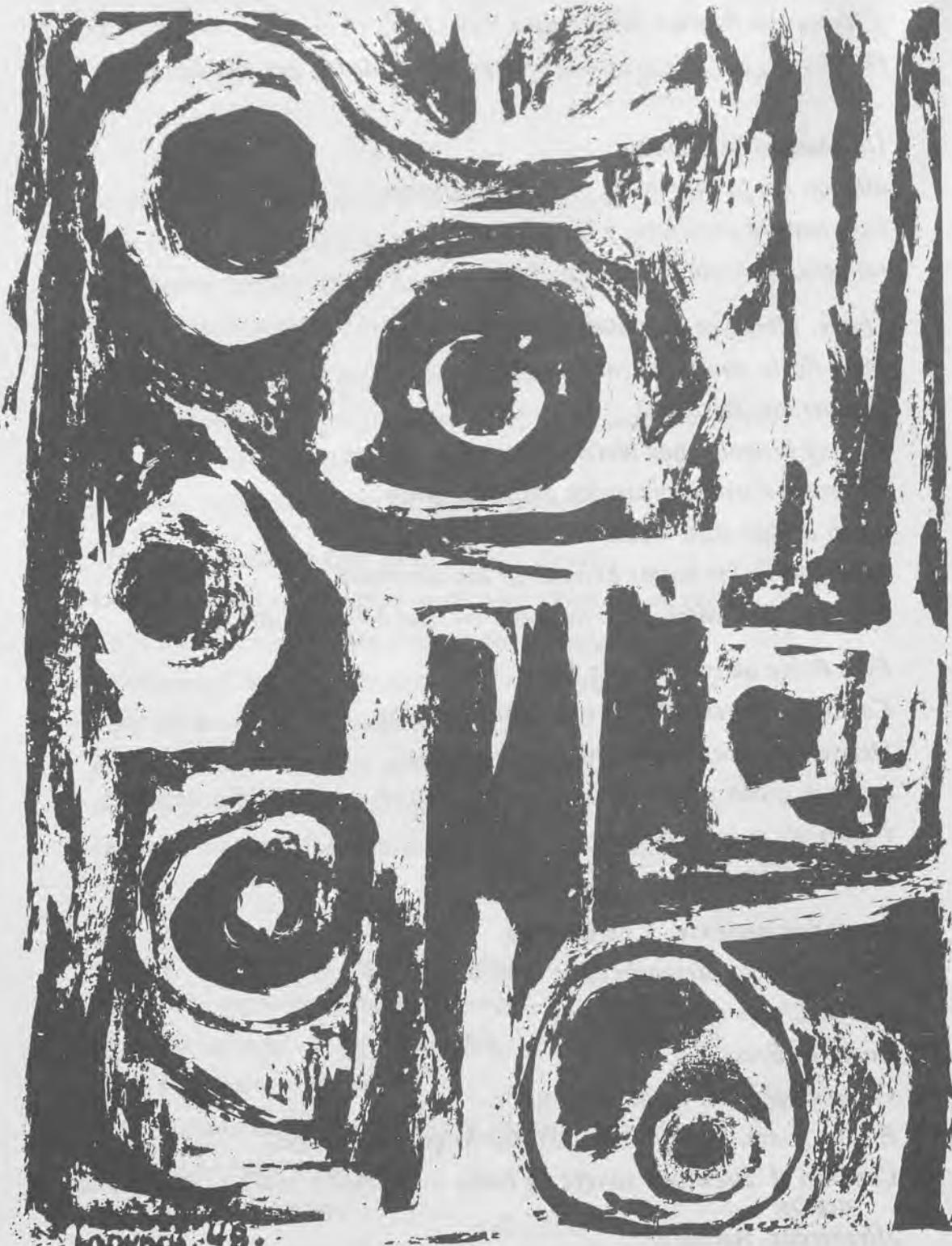
Es una suave, amorfa, llamada gris lo que nos ahoga.

*Como en el Brest con sangre en todas las manos y sobre la hierba y las
aceras.*

¿Recuerdas, Bárbara?

Llueve sobre nosotros la ciudad entera y doliente.

Emilio RUIZ PARRA.



De Santiago Lagunas.

PANADERIA DE PAN

(CUENTO)

En el año 1937, estuvo tres meses de descanso un batallón de Infantería, en un pueblecillo de la provincia. El pueblo, que tendría escasamente unos 500 habitantes, vivió unas jornadas de animación y ruido. La tropa tuvo que alojarse en las cuadras y en los pajares.

Enfrente de la panadería, en un pajar grande, colocaron a media compañía de ametralladoras.

Una noche, dos soldados volvían borrachos a acostarse y llamaron en la puerta de la panadería.

—¿Quién es?

—Dos de ametralladoras.

—Os habéis confundido: Esta es la panadería de pan. Enfrente está vuestro alojamiento.

Cerraron la puerta. Uno de los soldados sacó un lápiz gordo del bolsillo y, apoyándolo con fuerza sobre el cemento, escribió: BOLTIO PANADERIA DE PAN.

A la mañana siguiente los panaderos leyeron el letrero pero no dijeron nada.

Cuando se marchó el batallón, dejaron, además, parásitos, calcetines usados que los muchachos deshacíamos para fabricar pelotas y munición olvidada con la que nos divertíamos.

Bueno, también dejaron otro recuerdo pero cuando terminó el conflicto volvió y se casó con la muchacha. En eso hubo suerte en el pueblo.

Cuando cesaron las hostilidades todavía se podía leer BOLTIO PANADERIA DE PAN.

Pasaron uno, dos, tres, cuatro años y el letrero continuaba.

En el año 1952 el panadero, ya viejo, retirado del negocio que cedió al hijo mayor, se resintió algo de la cabeza. Esto era motivo para que su mujer y otro hijo más joven que vivía con ellos, le regañasen cada vez que hacía algo a torcidas.

Un día se levantó temprano y dijo ir a dar una vuelta por las viñas a ver como se presentaba la cosecha de un majuelo en el que habían conseguido tener a raya a lo filoxera. El panadero viejo estaba desesperado y su idea era matarse.

Se acercó a los alambres de la luz con intención de agarrarse a ellos y quedar carbonizado, pero estaban altos y él no podía trepar por los palos. Se acercó al río buscando un sitio con suficiente profundidad, pero el río, estaba muy seco. Ya era mediodía.

El hijo pequeño llegó a casa. Distraidamente, en la puerta leyó; BOLTIO PANADERIA DE PAN, pero como estaba acostumbrado no prestó atención especial.

—Madre ¿está la comida?

—Sí, puedes comer.

—¿Y padre?

—Ha ido a las viñas. Tardará un poco.

A la orilla del río el panadero estaba sentado pensando en su vida: De qué manera había peleado para sacar a sus hijos adelante y ahora no le dejaban libertad para seguir sus iniciativas propias. Acariciaba la navaja, pero de esta forma no lo había pensado. Abrirse la barriga era demasiado fuerte. No es lo mismo que despanzurrar una res. Podía hacerse una herida poco profunda y prolongar la agonía durante mucho tiempo. Él quería rapidez porque para sufrir con exceso se volvía a sopartar al animal de su hijo y a su mujer.

Sintió hambre y se acordó del letrero: BOLTIO PANADERIA DE PAN. Había fabricado mucho pan. En su tiempo fue el mejor panadero del contorno. A eso y a las sisas de harina debía el haber reunido una haciendita muy maja que ahora le servía para maldita la cosa, porque la vida es así; BOLTIO PANADERIA DE PAN.

Cuando el hijo terminó de comer hizo este comentario:

—¿Cómo no ha venido ya? Este tío está modorro. ¡Mira que si fuese un chico, le arreaba un sopapo así!

Y acompañó a la palabra el gesto. Hay muchas clases de hijos.

El sol apretaba bastante y el panadero empujado por la reclamación del estómago empezó a andar río abajo y andando, andando, llegó a la cabeza de partido que está a unos quince kilómetros. Como era día de feria, había mucha animación. Se acercó a la posada y saludó al posadero que era amigo suyo.

—¿Qué te trae por aquí, panadero? Echa una copa.

Bebieron una copa y después otra, como es regular entre hombres.

El panadero le dijo sus penas y le pidió comida y cama por esa noche (el matarse ya lo había olvidado) y que le dejase algún dinero para llegar hasta Madrid donde tenía una hermana casada.

El posadero le dió de comer, le llevó a la cama y le dijo:

—Duerme tranquilo que mañana te llamaré a la hora del coche y te dejaré quinientas pesetas.

Cuando lo dejó tranquilo en la cama, llamó a un hijo suyo y le mandó avisar a la familia.

Como la hora avanzaba y el panadero no volvía a su casa, comenzaron a estar con cuidado.

—Este hombre está tonto, este hombre está tonta ¡Le sacudía un sopapo más bien!

Acompañaba a la palabra el gesto.

A media tarde, el hijo menor y el yerno se echaron a buscarle. En las viñas no le encontraron. Un pastor les dijo que le había visto a la orilla del río.

Pensaron que se habría tirado al agua y estuvieron mirando por allí sin ver nada de particular.

Mientras, el hijo mayor sacó la cochura del horno y salió también a buscarle.

Poco a poco se fué corriendo la voz, y, más por curiosidad que por otra cosa, la gente se movilizó para buscarle. Como ya era de noche, en el campo comenzaron a verse las luces de los faroles. Era día de acontecimiento y nadie dormía.

El hijo del posadero de la cabeza de partido venía por la carretera y cuando llegó al pueblo lo encontró en pie y alborotado. Parecía la función en un descanso de la música.

Preguntó por la casa del panadero y le condujeron en volandas. Dijo su recado a la mujer y los curiosos que en esos casos entran a los últimos rincones de la casa vieron una sartén de migas a medio hacer en la cocina y escucharon las palabras del mensajero:

—¡Está vivo, está vivo!

Este grito se extendió por todo el pueblo y el cura mandó a la mitad del personal a dar la noticia a los que estaban en el campo y los demás entraron a la Iglesia a dar gracias.

El mensajero, con la impresión de que era en aquel instante la persona más importante del mundo, se volvió a su pueblo a todo pedal.

La mayoría de los que buscaban al panadero volvieron al pueblo, pero alguno se quedó perdido hasta la madrugada.

Los cuatro más allegados de la familia se fueron a la cabeza de partido. El cura les prestó el coche particular que tenía para hacer la visita a los anejos. Cuando llegaron, el promotor de tanto movimiento dormía tranquilo. Le dejaron descansar y uno se volvió en el coche a confirmar la noticia en el pueblo.

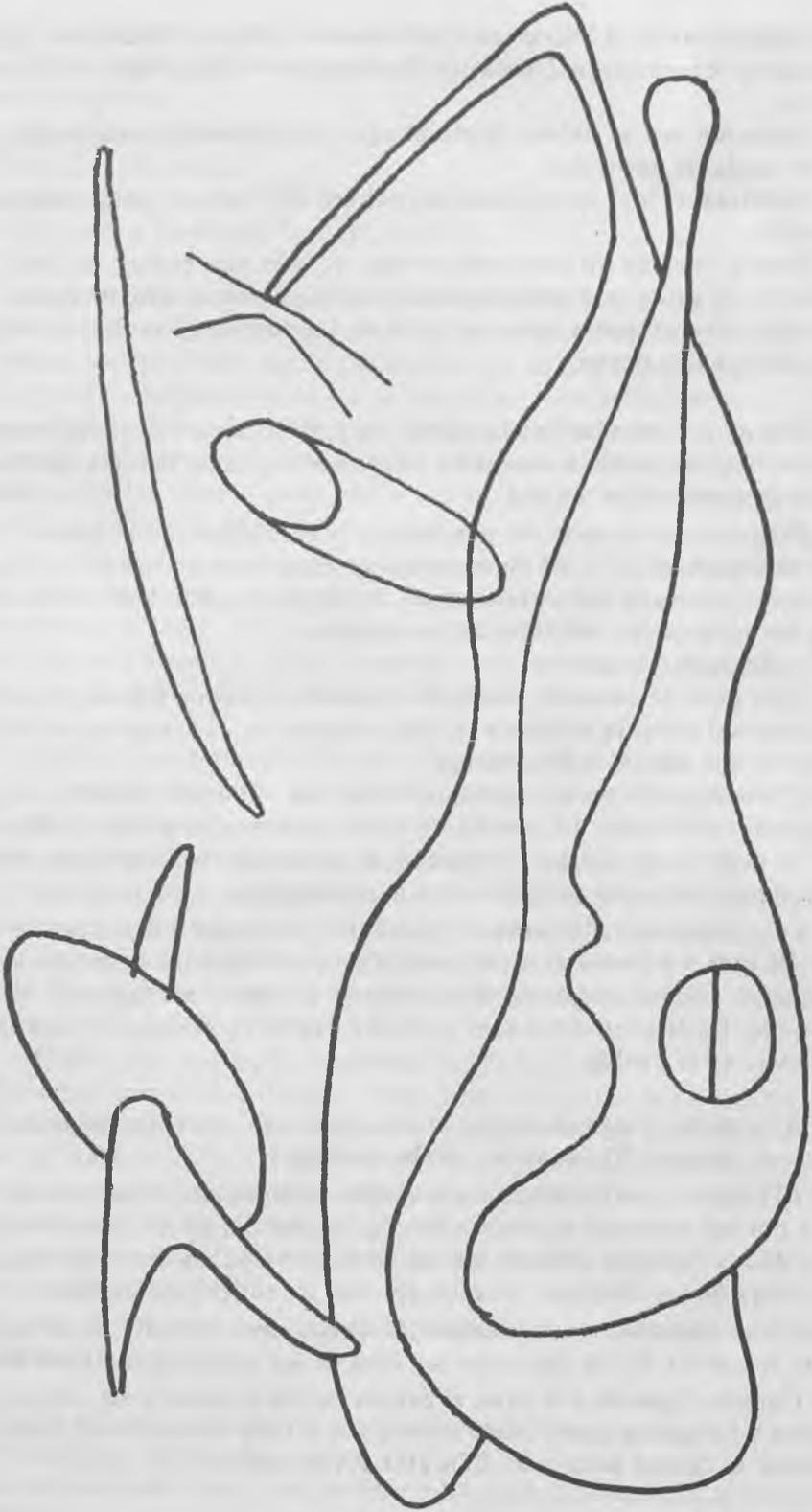
A la mañana siguiente, se volvieron todos en el coche de línea. No cruzaron palabra. El panadero estaba corrido.

Al llegar al pueblo, vieron que estaba aguardando, en la parada misma y por las esquinas y puntos estratégicos, mucha gente. Hasta las mujeres de los rincones últimos, las que ni siquiera salen a ver las bodas y las visitas de los Obispos, salieron con sus mandiles indefinibles.

Como el momento era solemne, le dieron una manta y él se cubrió hasta la cabeza. Es lo único que los ojos de los curiosos pudieron ver.

Cuando llegaron a la casa, el campo estaba despejado de curiosos. La familia y allegados aguardaban dentro y con toda tranquilidad pudo descubrirse la cabeza para leer: BOLTIO PANADERIA DE PAN.

Antonio FERNANDEZ MOLINA.



Abstracción de Cabrera Moreno

ODA A LOS FARAONES DE EGIPTO

«Mira como se están quedando el niño y la niña
de jugar con la arena;
se están comiendo los cabellos,
el cochecito de papel, las aguas,
mira como se ponen verdes los niños.
No me llames esposa si no pones remedio.

Tú sabes que una pluma seca
puede dar flores en un cajón,
que los hijos son grandes como una palabra.
Se están poniendo llenos de migas.
No reconozco el lunar del vientre de ella
ni la sonrisa del niño que es de los dos.

Tú te abanicas y piensas
en tanto que se burlan los esclavos
y vas poniendo encima de mí
una tela tras otra para callarme.
Pero hace ya veinte años que empezamos
a tener hijos, y yo sin miedo,
y ahora los dejas, se nos ponen
que nos traerán un hijo desconocido
y tu le sentarás en tus espaldas.

Mi padre daba pan a los lobos
y se acostaba debajo de una piedra.
Yo estoy acostumbrada
a ver sus negros pómulos temblando de presagios.

Ya conocía mi madre el futuro:
Tener hijos para esto,
para que tú los dejes jugar entre la arena».

Angel CRESPO.

LA MUSICA OLVIDADA

Os oigo, flautas agrestes:

Pan os tañe.

El dios rudo y poderoso aún juega
con los amorcillos de piedra negra de mis ojos.

Flautas doradas en la robleda,
dulce sonidos que el río lleva
y trae
a morir en mis labios.

Toda Galicia se entrega soñando.

Ya nadie vale nada.

Gira, tierra mía, extremo del mundo,
loca de luz divina por el cielo.

Tímidas rosas silvestres iluminan tu rostro
cuando el dios desnudo
resplandece en el bosque.

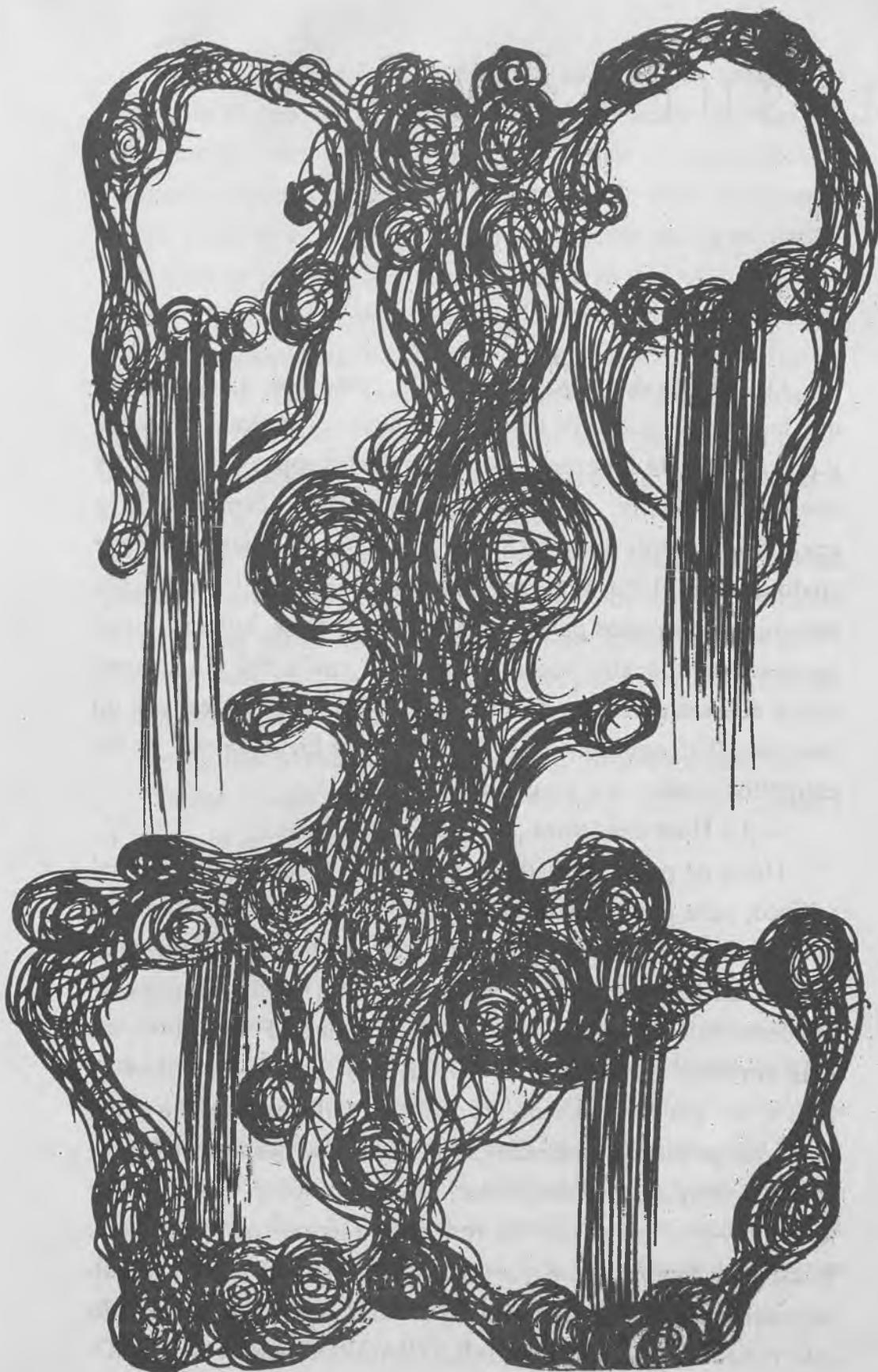
Nadie, amoroso, te contempla:
ni la tersa bahía mansa,
ni tus hijos de ojos cerrados,
estatuillas de palo enjuto y muerto.

Tan sólo el murmullo de las flautas
entre las hojas,
habla la lengua pura, por el hombre olvidada.

(Versión del poema en gallego,
inédito, «O son esquecido»)

Eduardo MOREIRAS.

Dibujo de Antonio Saura



EL SUCESO

Ocurrió un domingo por la tarde, como hoy, a esa hora en que la gente, cansada de la extraordinaria «diversión», del largo y poco frecuente itinerario, e incluso de las ropas más rígidas que de costumbre, se sentaba pesadamente, comenzando a encontrar irritante la agitación de los que persistían en apurar ruidosamente el día de fiesta. Los gruesos rostros y las gruesas manos, los párpados pesados, el hastío (aunque hubiera quien pensase en ir aquella noche al cine) y la caída del día, contribuían al abotagamiento general de la hora. Y entonces, con un brío increíble, aguzada como mil agujas de hielo, la voz de los chiquillos comenzó a pregonar:

—¡La Hoja del Lunes...! ¡Ha salido la Hoja...!

Hubo de pasar un tiempo, tanto era el embotamiento del público, para que lo extraño del hecho fuera percibido. Unos pensaron que era una broma, otros aseguraban que se trataba de una maniobra política o propagandística, y otros muchos se quedaron desconcertados sin saber qué opinar. Pero cuando los más curiosos compraron el periódico y empezó a correr el rumor de que era cierto, las gentes se abalanzaron en masa hacia los pequeños vendedores y poco tiempo después se agotaron los ejemplares. Febrilmente, los poseedores del ejemplar increíble—y el grupo que los rodeaba—recorrieron las páginas húmedas y comprobaron que era cierto; allí, impreso, comentado periodísticamente, estaba relatado cuanto acababan de vivir, lo que vivían en este momento («EXTRAORDINARIO SUCESO:

Ayer domingo, a las ocho de la tarde, se pusieron a la venta varios ejemplares de esta «HOJA», que como saben nuestros lectores sale a la venta los lunes de cada semana. El público leyó estupefacto...) y también algunos sucesos que aún habían de vivir. Los comentarios, como es de suponer, fueron muy numerosos y excitados; las gentes se preguntaban unas a otras y en voz alta, cómo era posible aquello y la causa desconocida que lo provocara; hubo desmayos, apoplejías fulminantes y numerosos casos de demencia explosiva. Hasta que, en medio del horrible desconcierto, alguien miró al reloj y vio que eran las ocho de la tarde y que, desde que empezara el fenómeno, ningún tiempo había transcurrido, pese a que pasara largo rato.

Poco a poco se extendió la noticia y la calma—una calma quieta y espantada—renació; porque todos los hombres miraban fijamente las agujas del reloj que tuvieran más a mano y todos comprobaban, sin lugar a dudas, que permanecían clavadas, señalando las ocho de la tarde.

—¡Se han parado todos los relojes!—dijo un ingénuo.

La voz resonó en el inquietante silencio, hubo una pausa y el eco trajo amplificadas la respuesta:

—No, lo que se ha parado es el tiempo.

Eran las ocho de la tarde y no puedo dar muchas explicaciones; me limito a narrar los hechos: «Eran las ocho de la tarde de aquel domingo, seguían siendo las ocho de la tarde, empezaron las ocho de la tarde y ya nunca terminaron de ser las ocho de la tarde de aquel domingo. A las ocho de la tarde hubo un sonido de trompetas y luego, a las ocho de la tarde, algo rojizo empezó a teñir el cielo. Las ocho de la tarde de aquel domingo y la Voz va y dice: *Se terminó la función*. Cae, a las ocho de la tarde, un telón terrible y definitivo. Son las ocho de la tarde en punto. (¿Serán las ocho de...

M. DERQUI

DE «LOS ANIMALES VIVOS»

LAS HORMIGAS

Las veinte voces sabias de los sabios
con las hormigas se pasean,
con las hormigas se levantan,
con las hormigas perseveran.
Hacen su cama con la hormiga madre,
comen su postre con la hormiga reina,
siegan su alfalfa con la hormiga lista,
hablan de amores con la hormiga hembra.
Las veinte voces justas de los sabios
con los granos de trigo se alimentan.
Van a la compra con el sol que sale,
vuelven cargadas y cansadas llenas
con un saco de cosas a la espalda,
con una economía en la cabeza,
las veinte voces sabias de los sabios
que dentro de sus cuerpos hormiguean.
Van al trabajo con la hormiga pobre,
con las hormigas ricas a la fiesta,
con las hormigas tontas al peligro
donde hay hombres que pisan con la suela
de los zapatos llenos de herraduras
y de hormiguitas muertas.
Las veinte voces de los sabios tontos
andan deprisa con sus piernas negras
y con sus alfileres hacen hoyos
a la entrada en la tierra de las puertas.

EL CONEJO

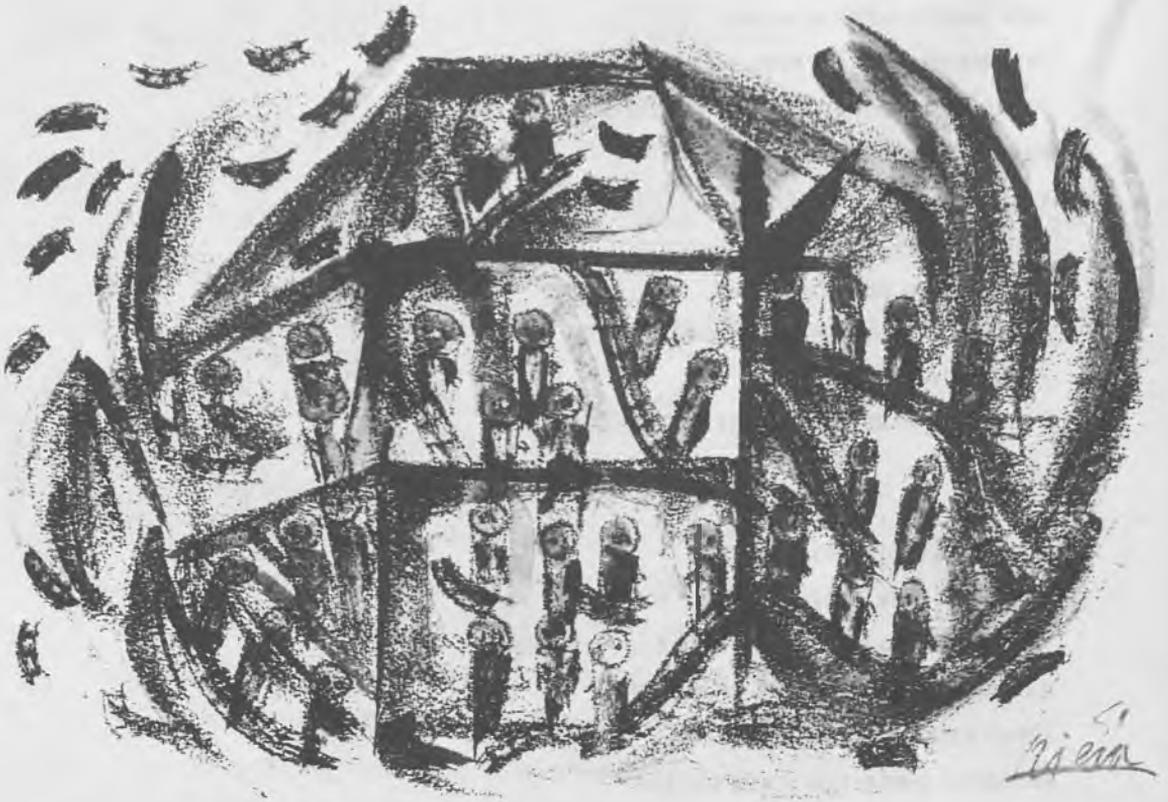
El acicalado conejo
de las barbas abultadas persevera.
¡Oh, Dios mío, sí, este paciente conejo se asusta y persevera!
Más embrionario todavía que el gemido del niño pobre,

este conejo salta a veces,
levanta el rabo a veces,
huele la caza tosca de los hombres con escopetas,
sacude las orejas
y hace gestos simplemente fugitivos.
Este conejo rudo es sapientísimo:
se ríe como un conejo,
husmea la entrada de la madriguera,
se come la hierba
y caga pepitas de oro por la tierra.

LOS PATOS

Son bien tontos los pobres;
nadie les pide explicación de nada.
Hay que verles andando sobre la superficie
que parece que es suya la laguna.
En el estanque tienen
su cueva modestita y sus paseos
llenos de pan en migas que les echan
los ciudadanos cariñosos.
Sin embargo, los patos adolecen
de alguna insensatez; es bien sabido:
ni saben disfrutar de la campiña,
ni vuelan mucho cuando el hombre acecha,
ni se ponen sombrero cuando llueve,
ni alcanzan premios que la pena valgan.
«Así es la vida de pequeña», dicen.
Nadie tiene la culpa de ser pato.

Gabino-Alejandro CARRIEDO.



«Asamblea» por Francisco Nieva.

LOS DRAMAS AJENOS

Conozco bien los dramas burgueses,
la letra que vence, la criada estúpida,
el dolor de corazón.

Conozco los dramas de las vírgenes impúdicas
siempre a la espera de un novio que no llega;
las fatales disposiciones de los desesperados
y los estados apáticos de los dolientes;
las facciones verdecidas de los morfinómanos,
los ojos brillantes de los locos,
las aficiones de los estudiantes...

Conozco los ataques epilépticos,
los ojos vítreos, la espuma en la boca,
las manos sacudidas por espasmos...

Conozco los gritos de los desesperados
y los besos de los suicidas...

Conozco las lágrimas de los ateos
y las dudas de los creyentes...

También conozco los sueños
de las niñas burguesas e ingénuas:
el automovil que guía un muchacho,
el vestido que trae una colegiala...

Conozco el dolor de las muchachas feas
que tienen envidia de las hermosas
y entre ellas las difaman...

Conozco el dolor de una patria
cuando sus hijos están muertos
y el de los hijos cuando su patria muere;
el de los guerreros, el de los héroes,
el de los parias, el de los millonarios...

Conozco los dramas ajenos.
Y los míos se ignoran.

Antonio REBORDAO NAVARRO.

(Versión de A. F. Molina)

ODA A LA PRIMAVERA

*Viene la primavera como el brillo de un toro
y las manos del invierno
se deslizan en la calma de los sótanos
y nos enseñan la penumbra de los hombres de luto
que tienen en los pasos un ritmo de personas decentes
y las fosas del pecho cuajadas de gusanos.*

*Y viene la primavera llena de bocas jóvenes
que muerden los harapos del pecado
y rasgan vestiduras de diosas congeladas.*

*Mirad la primavera sin escribir jazmín
ni decir «azulado arroyo puro,
trenzas doradas por un sol de oro,
colegialas de besos como lunas».*

*Mirad la primavera como una esquila insomne
cuando el clavel prepara su hemorragia
contra los fríos muros de las sábanas;
cuando vibra en el tibio adolescente
esa tristeza extraña
que busca vaina a su dolor de espada;
cuando la niña suena como un violín de fuego
y llora las paredes y los libros oscuros
que le apagan la lira de su cuerpo;
cuando se rompe el hielo que los muertos dejaron
y crecen las viudas desgarrando los mantos
que enterraban sus carnes en cárceles de acacias.*

*Mirad la primavera como una cruz de nardos sostenida de estrellas en el
cuerpo del hombre.*

*Viene ligera cierva o amapola
con sus astas de viento derramado
en los hondos confines del latido.
Presurosa de cienos y medallas ardientes
riega lluvia fecunda en los palomos
con sus bodas de nieve abrasadora.*

*Parejas, enrramadas, castillos, paz o guerra,
misiones o trompetas sensualizan ambientes
donde el símbolo oscuro de voces y saetas
clavan en las mujeres el dardo de la vida.*

*Y se pudren las calles de llagas como cirios
y se queman las noches de rosas y luceros
y tiemblan las peinetas como manos sonámbulas
en los tibios cabellos,
y se clavan rodillas en el calor oscuro del asfalto
vibrando desnudeces cubiertas por el luto
de una ternura Azul.*

*Y pasan como selvas los domingos de barcos
por el agua lasciva de su grupa,
y su sexo tirado por el aire
tiembla como la alondra en el alambre mágico del cielo,
estremece ranuras apagadas
y llena los canales de la sangre
con un yodo de mares suspirados.*

Manuel PACHECO

PEQUEÑA ODA AL ESTROPAJO

En busca del jabón y de la arena
el estropajo va arrullando al agua,
destellando baldosas, fregando los pucheros,
y los deja brillantes y relimpios
cual si la luna en ellos las noches se pasara.

Dios sonrte mirando al ternísimo estropajo
cuando cordiales las manos de mi madre
con él se juntan rumiándole los filos al cuchillo,
a la sartén diciéndole altísimos conceptos,
o arrullando puertas con músicas de esparto
o, tal vez, llenando de sudor los vidrios.

A Dios le agrada besar la frente al estropajo,
de pasmos las órbitas redondearle avanzando a la ventana,
saludar sus sospechas con labios divertidos,
contestar al posible naufragio, ignorar sus pecados,
y Padre ser, y mucho, y gusta de hacernos llevaderas las sandalias.

El estropajo es moneda diminuta con que se compran el
aire, los minutos, los insectos o las hojas.

Las mismas manos que lo tocan
repararán después sus tres rosarios,
limpiarán el polvo de las sillas
y harán cantando aquella cama.

Y Dios se goza, ama al lánguido estropajo
pues su hamaca es y es su almohada,
por donde ruedan porcelanas y cristales,
por donde dedos cantan como pájaros
y la arena se supone encarñada
con el mate vago color de los puchero

Hay algo que emociona con polvillo de azúcar
cuando escurren los platos cándidos reclinados en la pila,
luego que cuecen demasiado los garbanzos y el sopillo,
dulcemente, las ascuas apagadas encandila,
y es que se enreda el estropajo con mi madre
y a Dios le ruega rezando desde abajo
que santa sea y sonría en el espejo
pues tocando está el piano y nadie escucha.

Carlos DE LA RICA.

RECORDANDO A UN MUCHACHO FRENTE A SUS LIBROS

«Una carta de barro». «El pájaro de paja».
«Biografía de Roberto G.» (Nebli).

Yo conocí a Molina cuando caía sobre Madrid una lluvia menuda, entre el sueño irreal de las primeras luces fluorescentes. Llevaba una gabardina y un gesto de hombre bueno. Enseguida comprendí que ese gesto se lo debía haber dejado de herencia alguna persona buena y meditabunda de su familia. De esas que se mueren y parece como si no hubieran dejado nada sobre la tierra. Como si eso fuera posible.

Molina tenía unas manos pequeñas, tímidas como señoritas, y que sólo guardaban silencio al saludarnos. Como siempre, eran versos lo que apenas nos hablamos y él me enseñó cosas con Juan Ramón Jiménez al fondo y los tomillares de su pueblo, antes que un autobús se lo llevara. Luego, marché lento a mi casa.

Estas cosas se recuerdan ahora, desde aquí, desde esta habitación que tiene una Purísima demasiado azul y, desde hace seis meses, mi errabunda melancolía. Y también los libros de Molina. Porque Molina edita ya libros pequeñitos en los que mete un poco de su neblina y yo creo que su esperanza de que tengan suerte. (Sí que la tendrán).

Con Molina, Rilke todavía no se ha muerto. Tardará todavía en morirse aquel hombre obsesivo. Por el corazón claro de este muchacho de allá, de Castilla la joven, ha dejado Rilke su encanto huidizo y estremecido. Y este muchacho sin objeto lo va dando en sus poemas, tan leves, tan sin motivo, de lágrimas sólo, tan insinuadas que nos da miedo de que sea otro de los que van a guardar silencio de tan delgada que es su pura entraña.

Es difícil, difícil enjuiciar a estos muchachos tan cerca del corazón mío; con Molina yo veo algo muy puro, muy sensible, muy auténtico, que se está desgastando sin objeto ante el vacío de esta vida. Aunque, como él es muy bueno, hasta esta falta de objeto queda impregnada de su bondad, de su bondad nostál-

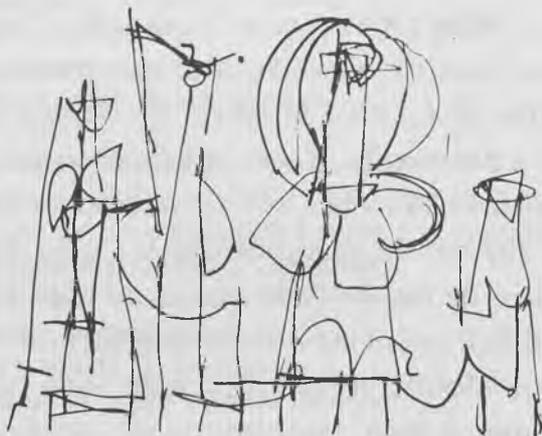
gica y cristiana. Tal vez los ángeles sean un poco así, con algo de esta guisa.

Pero nos apenas tú, Molina, con tus muertos y con tus espaldas y con esas vecinas que tú tienes y que tanto huelen a ropa limpieísima, con esa gana de llorar distraída que dice lo que escribes, como si ya tu madre la llevaras dentro, dentro de tí, con sus inmensos ojos de llanto de madre de poeta.

Sí, lo digo, es bueno eso tuyo y auténtico y de verdad; es leve, hipersensible y un poco acostumbrándose a la muerte, es poesía para nosotros y para nuestra nostalgia, pero... ¡te debe hacer tanto daño a tí, maestro provisional, definitivo moribundo! Pienso que la poesía está empezando a salirnos de nuestra vida y a llevársela un poco con ella. Como sabes, muchos—Celaya, Crespo, Labordeta—han reaccionado ya. Yo veo en tí, desde tu centro, un algo para salvarte, pero no llegas, no llegas.

Elevación:

Señor, sobre todo, piedad para los poetas; piedad para tus hijos mansos, fracasados, errabundos, humildes; piedad para estos pocos de verdad que ya nos van quedando, para estos lagos absortos de reflejos, para esta angustia y este ensueño que de vez en cuando manda hacia nosotros, libros puros, pequeños, estremecidos, hipersensibles, tímidos, como estos de Molina, ese muchacho de allá, de Castilla la joven.



El dibujo de la portada es de Gregorio Prieto
y el de la última página de Mario Emilio de Azevedo

Imprenta Provincial



Subvención «Deucalión» la Excm. Diputación Provincial

PAUL ELUARD (Francia)
GREGORIO PRIETO
GABRIEL CELAYA
MADRILLEY
EMILIO RUIZ PARRA
SANTIAGO LAGUNAS
ANTONIO FERNANDEZ MOLINA
CABRERA MORENO (Cuba)
ANGEL CRESPO
EDUARDO MOREIRAS
ANTONIO SAURA
M. DERQUI
GABINO-ALEJANDRO CARRIEDO
FRANCISCO NIEVA
ANTONIO REBORDAO NAVARRO (Portugal)
MANUEL PACHECO
CARLOS DE LA RICA
F. CALATAYUD
FERMIN AGUAYO
MARIO EMILIO DE AZEVEDO (Portugal)
Traducciones de
GABRIEL CELAYA
EDUARDO MOREIRAS
A. F. MOLINA